

En el MAP comenzamos a entender la democracia como un fin en sí mismo

Hernán Gómez

Entrevista a José Woldenberg

José Woldenberg nació en la ciudad de Monterrey en 1952. Es sociólogo y maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Fue miembro fundador del Movimiento de Acción Popular (MAP) en 1981, del PSUM en 1982, del PMS en 1987 y el PRD en 1989, organización de la que renunció en abril de 1991. Es autor de Historia documental del SPAUNAM, Revuelta y Congreso en la UNAM, de la novela Las ausencias presentes y de Violencia y política. Hoy, Woldenberg se encuentra en su último año de gestión como consejero presidente del Consejo General del Instituto Federal Electoral.

Esta entrevista es una pieza de la obra "La larga marcha hacia la democracia, conversaciones con la izquierda mexicana a 25 años de la reforma política", que recoge las historias de varios cuadros de la izquierda mexicana, de cómo comprendieron el valor de la democracia política y de cómo transitaron de la marginalidad a la participación en procesos electorales..

El 68 es un momento muy importante de nuestra historia contemporánea. No sólo por los cambios que se dieron en el país, sino porque la izquierda dio un gran cambio a partir del movimiento estudiantil. Según tu perspectiva ¿cómo era la izquierda antes del 68 y cómo se transformó a partir de ese año?

Como bien señalas, el 68 es un antes y un después. Creo que la emergencia de grupos estudiantiles con reivindicaciones de carácter democrático, por un lado mostró el autoritarismo y la paranoia que existía en las cúpulas del poder y, por el otro, puso sobre la mesa una nueva visión y una nueva sensibilidad. Los estudiantes de entonces comprendieron cabalmente el sentido de reivindicaciones que tenían que ver con el ejercicio de los derechos individuales.

El desenlace de este movimiento abrió varias vías de acción para la izquierda. Desde quienes concluyeron que las posibilidades para el trabajo político

democrático estaban clausuradas y era necesario recurrir a las armas para transformar el estado de cosas existente, hasta quienes, dada la experiencia del 68, pensaron que era a través del trabajo público, pacífico y de masas como se podía buscar la transformación.

En este último campo hay muchísimas vertientes, desde quienes se fueron a trabajar a las colonias populares, al campo o a las organizaciones sindicales, hasta quienes propiamente construyeron sindicatos dentro de las universidades o se dieron a la tarea de crear nuevas publicaciones, nuevos partidos y nuevas organizaciones.

La gama de los que se asumen como herederos del movimiento del 68 es muy amplia.

¿Cuál fue tu reflexión personal? En el 68 yo estaba muy joven, tenía 16 años y pasaba por la preparatoria. Mi verdadero inicio en la actividad política fue en 1970, cuando entré a estudiar a la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Ahí prevalecía el ambiente posterior al 68 y, aunque los comités de lucha estaban bastante desgastados y apartados de la mayoría de los estudiantes, había un enorme activismo, un gran coraje y resentimiento por lo que había sucedido y, unas ganas enormes de participar políticamente.

Una de mis primeras actividades dentro de la política de izquierda la llevé a cabo en una organización sin nombre dirigida por Víctor Rico Galán y Antonio Gershenson que intentaba rescatar la autonomía y, sobre todo, la vocación transformadora de los sindicatos de trabajadores. Éramos un grupo de jóvenes que íbamos a algunas fábricas que contrataban con los grandes sindicatos nacionales de industria. Se suponía que ahí estaba el germen de un partido obrero y que había que luchar por transformar el sindicalismo mexicano para que fuera uno democrático.

En 1974 ingresé al Consejo Sindical, un organismo de profesores universitarios que intentaba forjar una agrupación gremial en la UNAM. Fue ahí, en el sindicalismo universitario, donde fundamentalmente inició mi carrera política. Había varias ideas que sustentaban este proyecto: en primer lugar queríamos o creíamos que en aquellos años en que, tanto la Universidad Nacional como otras universidades de provincia vivían conflictos muy fuertes, solamente a través de la organización de sus sectores se podía defender a las propias instituciones.

Veíamos que la irrupción de provocadores como (Miguel) Castro Bustos y (Mario) Falcón que habían tomado la rectoría, evidenciaba la incapacidad de la universidad para responder a ese tipo de agresiones.

Este conflicto, así como los otros que se suscitaron en provincia, hizo que este grupo se planteara la tarea de organizar a los profesores en defensa de la universidad.

Más que de acuerdo con sus posiciones ideológicas, pensábamos que era posible lograrlo a través del núcleo que los unificaba: su base como trabajadores.

Por ello proyectamos la creación de un sindicato universitario capaz de funcionar como puente para que los trabajadores universitarios pudiesen conformar, con otros núcleos de trabajadores, un movimiento laboral de carácter nacional.

Entiendo que no se trataba de reivindicaciones exclusivamente gremiales...

No, creo incluso que la pulsión original más importante ni siquiera era gremial, aunque desde luego, como sindicato, la línea gremial no podía desatenderse. Así, fuimos los que planteamos la constitución del Sindicato del Personal Académico de la UNAM (SPAUNAM), los que lo constituimos y los que pedimos la firma de un contrato colectivo de trabajo. Después de eso, nos unificamos con el sindicato de trabajadores administrativos (STEUNAM) y, a partir de la fusión entre esos dos, surgió el Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM).

Luego se dio la huelga por un contrato colectivo (único) de trabajo y, finalmente, entre 1979 y 1980, dimos la discusión sobre los derechos laborales de los trabajadores universitarios que culminó con la aceptación de la tesis de que los trabajadores universitarios también éramos trabajadores, así como con la inclusión en la Ley Federal del Trabajo de un capítulo especial para las universidades.

¿Cómo y cuándo entran en contacto con Rafael Galván? Desde el sindicalismo universitario, precisamente.

Como te decía, la idea no sólo era constituir una organización para lograr reivindicaciones gremiales del personal académico, sino, una vez constituidos,

ligarse con otras organizaciones para formar un movimiento. Y sin duda alguna, en los primeros años de los setenta, el movimiento laboral democratizador más importante del país era el que encabezaba Rafael Galván.

Aquella historia comenzó cuando el sindicato encabezado por (Francisco) Pérez Ríos, auspiciado por las autoridades laborales, despojó al Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (STERM), de la titularidad del contrato colectivo que hasta entonces había tenido el sindicato de Galván, comenzando así una movilización muy fuerte de los electricistas democráticos en demanda de respeto a su organización y a su contrato. El asunto culminó con un pacto de unión que dio origen al Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM) en una conciliación frágil, pues desde luego ambas corrientes encarnaban proyectos muy distintos.

Desde el sindicalismo universitario, veíamos a Rafael Galván como un intento por generar un sindicalismo autónomo e independiente que respondiera a los intereses de los trabajadores, con un programa que incluso iba más allá de las cuestiones de carácter sindical.

Nuestros primeros contactos fueron entonces en términos de solidaridad. Ellos se solidarizaron con las reivindicaciones del SPAUNAM y nosotros veíamos con simpatía la lucha del STERM y luego de lo que fue la Tendencia Democrática del SUTERM. De ahí pasamos a formas de colaboración superiores: el impulso al Movimiento Sindical Revolucionario (MSR), participamos en la confección de la revista Solidaridad, publicación de los electricistas democráticos y, finalmente, cuando se integró el Frente Nacional de Acción Popular (FNAP) sus pilares más sobresalientes fueron los electricistas y los sindicatos universitarios.

¿Había diferencias con Galván? Sí, hubo incluso algunas discusiones muy enconadas, como por ejemplo una que apareció en la revista Punto Crítico sobre la relación entre la izquierda y el movimiento que él encabezaba. Había quienes decían que por tratarse de un nacionalista y por tener antecedentes como senador priista, Galván debía recibir un apoyo crítico. Pero se señalaba con razón, más allá de su trayectoria como dirigente, su movimiento era muy importante por ser el único con una base obrera a lo largo y a lo ancho del país en una industria estratégica.

Se planteaban reivindicaciones como la democratización de los sindicatos, la

integración de grandes sindicatos nacionales de industria, la conformación de un movimiento sindical que fuera en ese sentido y un programa que lograra ir más allá del sindicalismo y que, en términos genéricos, estaba imbuido en el nacionalismo revolucionario plasmado en la Declaración de Guadalajara de 1975.

¿Había un planteamiento sobre democracia política? Justamente ésa era una de las grandes limitaciones. En un inicio, por lo menos estas corrientes que estábamos en la izquierda, teníamos una auténtica preocupación por la democracia en las organizaciones sociales.

Creíamos que en el caso de los trabajadores asalariados la ausencia de democracia en sus organizaciones había hecho que su peso político específico fuera decreciendo.

En ese sentido, veíamos a la democracia sindical como un disparador de las potencialidades que estaban dormidas en el movimiento sindical.

Creo que si bien entre quienes construyeron estas organizaciones la preocupación democrática estaba en el centro y se buscaba la participación de la gente, así como el hecho de que las decisiones fueran discutidas, votadas y procesadas conforme a fórmulas democráticas, la preocupación de la democracia política en el país era apenas germinal.

¿Cuando Galván decía "el país reclama la democracia como reclama el oxígeno" no se refería al Estado mexicano tanto como a sus organizaciones? Por lo menos creo que los énfasis estaban puestos en el mundo de las organizaciones sociales, aunque desde luego nadie que impulsara estos movimientos creía que éstos debían estar encapsulados y no tener repercusiones en el mundo de la política. Creo que fue la enorme conflictividad que se vivió en los setenta y que se expresó en las universidades, en los sindicatos, en el campo y que incluso llevó a la aparición de brotes guerrilleros tanto en el espacio urbano como en el rural, la que generó una enorme paradoja.

Fuimos a las elecciones de 1976 con un solo candidato a las elecciones presidenciales: José López Portillo, postulado por el PRI y apoyado por el PARM y el PPS. El PAN, en aquel entonces, no se logró poner de acuerdo en un candidato y, por primera vez en muchos años, no presentó a ninguno. Y el PCM, que se encontraba privado de su registro, hizo una campaña más bien

testimonial con Valentín Campa al frente, subrayando su marginación dentro del espacio político institucional. Entonces, el país vivía una enorme conflictividad política, por un lado, y nuestras elecciones, por el otro, parecían soviéticas.

México vivía una enorme conflictividad política y en las propias esferas del poder José López Portillo y su secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, se dieron cuenta de que esa situación no podía seguir; por ello llamaron a discutir una eventual reforma política. En un inicio, el anuncio generó muchas dudas y suspicacias, pero no tengo la menor duda en afirmar que fue una reforma absolutamente estratégica. En el gobierno se le pensaba como una reforma preventiva, pero, objetivamente, no fue una reforma terminal, sino que puso en movimiento nuevas y más profundas reformas.

La reforma política de 1977 consistió básicamente en dos cuestiones: abrir el registro a nuevas fuerzas políticas a las que se mantenía marginadas artificialmente, fundamentalmente de izquierda, y modificar la forma de conformación de la Cámara de Diputados para inyectarle un cierto pluralismo. Desde el gobierno se pensaba que al integrar a los grupos excluidos la conflictividad social y política iría a la baja; ése fue el cálculo.

Pero al hacer de los partidos entidades de interés público, al otorgarles una serie de prerrogativas y al señalar que quien tuviese el registro podía participar no solamente en elecciones federales, sino también estatales y locales y, al inyectarle un nuevo pluralismo a la Cámara, lo que se empezó a generar fue una mecánica a través de la cual las fuerzas políticas con el tiempo irían demandando más y más profundas reformas. En ese movimiento es donde la izquierda empezó a reforzar cada vez más su reflexión sobre el significado de la democracia y su compromiso con ella.

Pero no todos lo hicieron. Heberto Castillo llegó a decir.

que era el camino al fascismo...

Por eso decía que la primera reacción de la izquierda fue en buena medida de menosprecio y en algunos casos hasta de descalificación. El PCM creo que entendió muy bien el sentido de esa reforma e inmediatamente se sumó, al igual que otras organizaciones de izquierda como el PST. Luego, paulatinamente, más y nuevos contingentes se fueron incorporando a la lucha electoral como el PRT y más tarde el PMT. Al final, prácticamente, todos

acabaron integradas al mundo electoral e institucional, salvo, por supuesto, los grupos armados ¿Desde entonces te asumías como un reformista? ¿Viste en el anuncio de esta reforma el inicio de un camino, de un ciclo de reformas? ¿Cómo lo interpretaste? En 1977 nosotros estábamos básicamente inmersos en el trabajo sindical. Conforme fue pasando el tiempo, para 1981, surgió la iniciativa de crear un partido unificado de la izquierda. Apenas en enero de ese año, un grupo de sindicalistas universitarios, trabajadores nucleares, de algunas organizaciones agrarias, así como electricistas, habíamos formado el Movimiento de Acción Popular (MAP), desde donde empezamos a reflexionar acerca de las enormes posibilidades que abría el trabajo político electoral.

Por eso, cuando se anunció la iniciativa de fusionar a diversas organizaciones de la izquierda, el MAP decidió incorporarse, razón por la cual tuvo una existencia muy corta. Paulatinamente, desde el MAP, y luego desde el PSUM, empezamos a fortalecer nuestra convicción democrática, a ver en la democracia una vía para la transformación social, un ideal que valía en sí mismo y frente al cual debíamos establecer un compromiso, sin medias tintas.

Me cuesta pensar que un discurso de la campaña de 1982 como "Cambiar la vida", pudiera haber salido exclusivamente de la pluma de un comunista.

Tengo la idea de que una buena parte del discurso democrático en el PSUM fue una contribución del MAP.

La verdad es que el PCM había sufrido cambios muy importantes. Yo sí creo que este partido se distingue de muchos de los otros partidos comunistas del mundo en que no sólo se fue desprendiendo de la influencia soviética, sino que además empezó a hacer una reflexión seria sobre su compromiso democrático. La condena a la invasión en Checoslovaquia, el no romper relaciones con el Partido Comunista Chino y, sobre todo, su demanda de legalización, así como el haber sido uno de los acicates de la reforma política de 1977 y uno de los primeros contingentes de la izquierda mexicana en participar en elecciones, son todos hechos importantes. No puede escatimarse esa contribución al posicionamiento de la izquierda en relación a la democracia.

Ahora, en efecto, creo que como Movimiento de Acción Popular y, más tarde, como una corriente dentro del PSUM, fuimos de los primeros que hicimos un corte de caja en relación al paradigma revolucionario. Creo que el hacer ese deslinde y el no aceptar aquella tesis que hasta la fecha me parece perversa y

éticamente indefendible de que todas las vías de lucha son legítimas, pudimos tener una acercamiento menos instrumental, menos convenenciero, a la democracia. Por eso te decía antes que para nosotros la democracia empezó a

ser no solamente una vía sino un compromiso, algo que en sí mismo tenía valor. Mientras tanto, para otras corrientes de la izquierda de aquellos años, la democracia era una fase que llevaría a otro estadio, fuera éste la dictadura del proletariado, el poder obrero democrático, el poder popular.

Creo que nosotros asumimos plenamente la democracia como un fin en sí mismo. A estas alturas, creo que la mayor parte de la izquierda mexicana lo considera así.

Es muy difícil escuchar a alguien hablando de la democracia burguesa o usar descalificaciones de ese tipo.

Sin embargo el mito revolucionario está lejos de haber desaparecido...

Porque durante 70 años quien gobernó al país lo hizo a nombre de una revolución que, en efecto sucedió y que mientras para las fuerzas gobernantes fue una fuente de legitimidad, esa misma noción, la de la revolución, para la izquierda era un ideal, una tarea para el futuro. Desde luego que en México el tema de la revolución tiene una enorme legitimidad porque es parte de nuestra historia y fue durante muchos años la esperanza, la ilusión y el ensueño de la izquierda. Son cosas que no se acaban de la noche a la mañana.

¿Pero acaso podemos mantener un referente que es contradictorio con la idea democrática? Efectivamente, revolución y democracia son antitéticos.

Los movimientos revolucionarios que han destruido un Estado y construido otro normalmente han erigido poderes sin contrapoderes. Comúnmente, los revolucionarios se asumen como lo mejor y los más decantado de la sociedad y suelen emplear políticas de aniquilamiento o de marginación extrema a quienes consideran contrarrevolucionarios. La democracia es otra cosa, implica reconocer que el capital político de una sociedad reside en su pluralidad y que esa pluralidad no sólo tiene derechos, sino el deber de expresarse y recrearse, para lo cual se requiere un entramado políticoinstitucional capaz de hacer que esa pluralidad contienda, pero también que coexista de manera institucional y civilizada.

Si tomamos en serio las palabras, la democracia es antitética a la idea de revolución. Aunque, desde luego, utilizada esta última como metáfora es otra cosa. Si alguien señala, por ejemplo, que el cambio democrático es tan profundo que puede ser calificado de revolucionario, estamos frente a otra idea. Estaríamos diciendo que se trata de un cambio que es tan profundo y radical que puede hablarse del arribo a la democracia como el resultado de un proceso revolucionario.

¿Por qué fue importante el proyecto de unificación de la izquierda que se dio a través del PSUM? ¿Cómo era posible que fuerzas tan distintas convivieran en un mismo espacio político? Las elecciones pusieron a la izquierda ante su espejo.

Atomizada ésta, sus resultados electorales eran realmente precarios, por lo que se hacía necesario unificar a las diferentes fuerzas de la izquierda para hacer que gravitara con mayor vigor. Además, creo que había una auténtica discusión sobre el diagnóstico que la izquierda hacía sobre el país, así como de sus tareas pendientes.

Había una especie de modestia política en el sentido de que mantenerse cada uno en su propia isla no iba a beneficiar a nadie. En ese sentido, el experimento del PSUM fue una iniciativa muy importante que intentaba renovar y reunificar a la izquierda.

Desde luego, el PSUM, como bien señalas, contenía en su seno posiciones políticas muy diversas, incluso antagónicas. Recuerdo el incidente que se presentó cuando se dio el golpe de Estado del general Jaruselsky en Polonia. El acontecimiento, uno de los primeros asuntos con los que tuvo que lidiar el PSUM, nos escindió en dos mitades: quienes lo justificaron con base en una posición muy ortodoxa cercana a la de la Unión Soviética y quienes lo criticamos y hablamos de la necesidad de que existieran en esos países sindicatos libres y autónomos no podíamos negar nuestra propia experiencia y que vimos con mucha preocupación el golpe.

En el primer Congreso del PSUM eso se discutió y los que estábamos en contra del golpe ganamos por un escaso margen. Si la memoria no me falla, fueron 420 votos frente a 400. Pero eso no fue todo, recuerdo que en el primer número del periódico del PSUM tuvimos que hacer dos artículos en la última página que expresaban las dos posiciones antagónicas. Uno lo escribió Manuel Stephens y el otro yo. Fue un momento muy plástico y elocuente que te lo

cuento para que te des una idea de lo que era el partido.

Pablo Gómez opina que el PCM no se comportaba de manera hegemónica dentro del PSUM. En tu opinión ¿quienes provenían de ese partido ejercían una hegemonía dentro del nuevo partido unificado? Creo que la corriente de quienes habían estado dentro del PCM era numéricamente la más grande. Sólo se le acercaba la del Partido del Pueblo Mexicano que encabezaba Alejandro Gascón Mercado. Como es natural, quienes han trabajado muchos años de manera conjunta mantienen redes informales de comunicación. A mí me parece natural que quienes habían estado en un.

mismo partido durante años, ahí se habían conocido, confiaban unos en otros y tenían un discurso similar, mantuvieran esas redes dentro del PSUM.

Por otro lado hay que decir, además, que el PCM llegó dividido al PSUM, lo cual hacía difícil hablar de un bloque comunista dentro del PSUM. Había por lo menos dos corrientes que ya se habían enfrentado en sus congresos.

No obstante, la red del PCM (o una de sus redes) tenía una influencia muy relevante en la política del partido.

Luego, el propio trabajo conjunto en el PSUM hizo que algunas corrientes se realinearan. Pero siempre se mantuvieron redes de relaciones, y no tiene caso negarlo, redes de relaciones, decía, que respondían de alguna u otra manera a los viejos partidos. Nosotros mismos, como MAP, a pesar de que nos disolvimos y no volvimos jamás a tener un evento como MAP, nos identificábamos y llegábamos en ocasiones a discutir entre nosotros nuestra posición. Sí, llegamos a ser una corriente legítima dentro del PSUM.

¿Había faccionalismo en el PSUM? Era un partido de corrientes más que de facciones. Sobre todo en la primera etapa, eran corrientes muy proclives a hablar, a pactar, a negociar y a acordar.

¿No iban por su cuota de poder? No, estábamos discutiendo, sobre todo, el diagnóstico y los programas del partido, aunque cada una de las corrientes quería tener una representación. Los peores momentos del PSUM se dieron cuando algunas corrientes se volvieron inamovibles y los puentes de comunicación y trato empezaron a fallar.

Alguna vez hablaste de que el partido debía promover "el cambio de la

legalidad dentro de la legalidad". ¿Era compartida esta tesis? ¿Cómo se entendía la legalidad? Durante muchos años hubo un compromiso equívoco con la legalidad.

Hay un momento plástico de esto y es el secuestro de Arnoldo Martínez Verdugo. Luego que se logró su libertad, algunos propusimos en el propio Comité Central una discusión sobre el compromiso con la legalidad.

El partido estaba muy conmovido por lo que había vivido y se logró una votación casi unánime en la que se aclaraba el compromiso que el partido tenía con la legalidad a través de esa tesis que mencionas, en el sentido de que si queríamos cambiar las leyes lo haríamos dentro del marco legal.

En aquella ocasión fue muy elocuente que Valentín Campa con una trayectoria paradigmática dentro de la izquierda y por muchos motivos una biografía ejemplar en ese momento dudó y (si mal no recuerdo) votó en contra de esta tesis, todavía muy impregnado por esa idea de que la legalidad era una imposición de las clases dominantes frente a la que la izquierda no tenía por qué comprometerse. Esa resolución de nuestro CC se produjo unos días antes del temblor de 1985, de manera que si bien fue publicada en nuestro periódico, su repercusión pública fue mínima.

Al igual que el compromiso con la democracia, el compromiso con la legalidad es fruto de un largo proceso de reflexión, discusión y militancia política.

Sin embargo el episodio del secuestro de Arnoldo evidenció el hecho de que el PCM había tenido una relación muy ambigua con los grupos guerrilleros. Me imagino que esto afectó la imagen del PSUM.

Ya para 1985 no había en el país movimientos armados significativos y el grueso de la izquierda mexicana estaba trabajando en los cauces legales e institucionales.

Muy poca gente creía entonces, a diferencia de lo que había ocurrido en los primeros setenta, que la vía armada era una vía legítima. De manera que, para algunos de.

nosotros, para quienes la vía armada jamás fue una posibilidad abierta, nos parecía absolutamente natural que reforzáramos nuestro compromiso con la

legalidad, precisamente para acabar con cualquier ambigüedad y cualquier doble discurso.

¿Consideras que el PSUM fracasó? No, el PSUM fue una etapa y luego, cuando se planteó la posibilidad de ir a una nueva experiencia de unificación de la izquierda, el partido estuvo dispuesto a cursarla.

Así, el Partido Mexicano Socialista incorporó nuevas organizaciones a este esfuerzo como consecuencia lógica de la idea original del PSUM. A ese partido originalmente iría a desembocar el Mexicano de los Trabajadores, encabezado por Heberto Castillo, pero no entró por diferencias en la conformación del propio partido, así como en algunos de los documentos. Sin embargo, años después, ese partido sí estaba en condiciones de entrar a este esfuerzo unitario. Por eso el PMS fue una continuación lógica de la idea original del PSUM.

Al PMS se incorporaron grupos muy radicales, algunos que incluso provenían directamente de la guerrilla. ¿No frenaron estas organizaciones avances importantes en relación con la cuestión de la legalidad y la democracia en la izquierda? En el nuevo partido tuvimos que volver a discutir muchas de las cuestiones debatidas en el PSUM. Este compromiso con la democracia y la legalidad no era compartido por todos y cada uno de los nuevos componentes del PMS. Pensábamos que, en el marco de este nuevo partido, la izquierda continuaría con un proceso de reflexión de la realidad nacional y mundial, así como del nuevo perfil de la izquierda.

Para inicios de 1988 el PMS, formado desde el año anterior, había cursado unas elecciones internas de las que surgió Heberto Castillo como candidato. Sin embargo, ante el movimiento emergente que encabezó el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, la propia candidatura del PMS debió retirarse, siendo el último de los partidos en apoyar esa candidatura.

¿Por qué fue el último? ¿Qué ocurrió? Lo quiero ver como algo absolutamente natural, es decir, una parte de la izquierda venía trabajando en un proceso de unificación en torno a un nuevo partido político, llevó a cabo unas elecciones internas para postular un candidato a la presidencia de la República, de donde surgió la candidatura de Heberto Castillo. Por el otro lado, se venía gestando una escisión en el seno del Partido Revolucionario Institucional, de donde se creó la corriente democrática que rompió con el PRI y decidió buscar el apoyo de un partido político para lanzar la candidatura del ingeniero Cárdenas,

misma que fue apoyada por el PARM, el PFCRN, el PPS, así como por varios agrupamientos de izquierda. Eran dos expresiones, dos rutas distintas que se venían cursando.

La candidatura de Cárdenas se convirtió en un fenómeno social de enorme envergadura que logró generar apoyos abrumadores en distintos sectores y regiones del país, fue como una bola de nieve que se transforma en avalancha. Cualquiera que tuviese los ojos abiertos podía darse cuenta de que ésa era una candidatura que crecía mientras que no ocurría lo mismo con la de Heberto.

Creo que lo que hizo el PMS era lo razonable en un sentido, es decir, esperar a que Heberto Castillo relevara al partido del compromiso para poder otorgar su apoyo a Cárdenas. Entonces el PMS pasó a apoyar esa candidatura.

Y aunque como bien es cierto fue el último en hacerlo, también es cierto que en el momento en que se llamó a la constitución de un nuevo partido, éste fue el único que decidió disolverse y poner al servicio del nuevo partido, el de la Revolución Democrática, su propio registro.

¿Cómo veían ustedes la figura de Cuauhtémoc Cárdenas? Gilberto Rincón Gallardo dice que parte del escepticismo hacia esa candidatura se debía a que veían en él la representación de un nacionalismo revolucionario, si bien comprometido con la justicia social, con poca tradición democrática.

Veíamos con mucha simpatía una candidatura como la de Cuauhtémoc Cárdenas. Incluso quienes veníamos de aquellas luchas sindicales de los setenta y habíamos planteado la posibilidad de un movimiento sindical revolucionario y, de una u otra forma, tuvimos contacto con estas corrientes del nacionalismo revolucionario lo veíamos con simpatía. Creíamos incluso que estas corrientes podían generar, junto con otras de izquierda, una nueva organización y una nueva plataforma política.

Paradójicamente, lo que sucedió fue que dado el desenlace de esas elecciones, en el momento de mayor éxito electoral de la izquierda mexicana, se produjo un manejo absolutamente inescrupuloso de las cifras electorales...

¿Qué quieres decir con "manejo inescrupuloso", que hubo fraude? De que hubo fraude, hubo fraude. Ahora, ¿quién ganó esa elección? Es algo que todavía no podemos saber. El propio PMS tenía un centro de cómputo en el que.

teníamos resultados de diferentes estados de la República. Claro, eran resultados de muy distintas proporciones, en algunos logramos recaudar la parte medular de la votación, en otros no. Pero de ahí sacamos la conclusión de que, en todo caso, el triunfo de Salinas de Gortari no sería sino de tres o cuatro puntos porcentuales de diferencia, no de veinte.

Luego de esas elecciones, buena parte de la reacción que se tuvo en el PRD fue muy beligerante, muy marcada por el agravio y de muy escasa comprensión de las posibilidades que se tenían enfrente. Para nosotros para una muy pequeña corriente que entonces éramos dentro del PRD, la nueve coyuntura abría la posibilidad de iniciar un movimiento de transición a la democracia.

Fue en esa lógica que, en 1989, fundamos el Instituto de Estudios para la Transición Democrática que se oponía a lo que quizás eran las dos tesis sobresalientes de la época. Desde el punto de vista del oficialismo, se pensaba que el 88 había sido un incidente que podía ser superado y que eventualmente volveríamos a la "normalidad del pasado"; del otro lado, la apuesta era más a un desplome, a una revolución, a un cambio cataclísmico.

Se especulaba que Salinas no iba a lograr tomar posesión, y luego se decía que si la tomaba no finalizaría su mandato.

A nosotros nos parecía que ninguna de las tesis tenía viabilidad, por lo que planteábamos la posibilidad de que, dado el nuevo escenario y dado el fortalecimiento de partidos distintos al PRI, lo que teníamos que hacer era ir por reformas a las leyes y a las instituciones que permitiera que esa pluralidad política pudiera contender en la arena electoral en términos de imparcialidad y equidad y que fueran los ciudadanos quienes modelaran el nuevo mundo de la representación política.

Visto en retrospectiva, creo que no nos equivocamos en ese diagnóstico. Lo que vivió México luego del 88 no fue ni la continuidad del régimen ni su desplome: fue una transición democrática. Lenta y zigzagueante, si se quiere, pero transición al fin y al cabo. El mundo político mexicano en 1988 es totalmente diferente al de hoy.

Y eso se logró gracias al esfuerzo de mucha gente, así como al ánimo reformador que privó en las esferas del poder político permitiendo lograr

cambios a las leyes y a las instituciones que hicieron posible el arribo a un régimen democrático.

¿Por qué renuncian al PRD en 1991? Por lo que normalmente renuncia la gente a un partido, es decir, porque ya no nos sentíamos identificados con su política. No nos sentíamos a gusto y no encontramos eco a nuestras posiciones. Era muy difícil procesar una discusión medianamente sistemática dentro del PRD. Adolfo Sánchez Rebolledo, Pablo Pascual y yo dimos a conocer un documento cuando salimos en el que expusimos claramente nuestras razones.

El PRD es miembro de la Internacional Socialista.

¿Considera que es un partido socialdemócrata? El PRD es un partido que está construyendo su identidad.

Creo que sí hay dentro corrientes socialdemócratas, pero no sé si sean hegemónicas..